

vedas resonaron con los acordes de la música religiosa y la multitud aclamó con fervido entusiasmo.

—¡Viva Isabel de Castilla!

¡Viva Fernando de Aragón!

Los príncipes inclinaron la cabeza para dar gracias al pueblo, y a sus pies cayó una lluvia de flores.

## XXVIII

El casamiento de Doña Isabel con su primo Don Fernando, desconcertó todos los planes del marqués de Villena, nombrado ya gran maestro de Santiago, dignidad que poseyó el joven infante D. Alfonso, y que, por consecuencia de su temprana muerte, volvió al favorito.

A fin de cerrar el camino a los jóvenes esposos, hizo liga con Luis XI de Francia, y consiguió que este monarca pidiese la mano de la infanta Doña Juana *La Beltraneja*, entonces de edad de ocho años, para su hermano el duque Guiena, el mismo que, como recordarán nuestros lectores, pretendió la de Doña Isabel, y a quien ésta había despreciado.

Enrique IV, cada día más débil, y cada día también más desgraciado, fluctuaba entre mil irresoluciones: airado contra la reina, detestando a su hija, a la que todo el reino creía hija de D. Beltrán, había tolerado el encarcelamiento de entrambas, y consentido su perdición o más bien, habíase hecho indiferente a semejantes tropelías;

pero el casamiento de su hermana cambió el curso de sus pensamientos, y se decidió a proteger de nuevo a *La Beltraneja*, volviendo a mirarla como a su hija, y procurando enaltecerla para cerrar a Isabel y a su esposo todos los caminos y alianzas, en desquite de haber contrariado su voluntad.

Negoció sordamente la reunión de la reina con su hija, que seguía en Buitrago, bajo la custodia del conde de Tendilla, y, aconsejado y sostenido siempre por el marqués de Villena, aprobó los desposorios del duque de Guena con la princesa Doña Juana.

La desgraciada reina de Castilla sintió disipadas casi todas penas al hallarse otra vez al lado de su hija.

Si Doña Juana era culpable, había corrido la suerte general de las mujeres: cada uno de sus extravíos había sido pagado con mil dolores; porque acaso la Providencia, queriendo dar a nuestro débil sexo un porvenir de gloria, le hace expiar aquí sus faltas de una manera muchas veces invisible para los ojos indiferentes, pero no por eso menos terrible y positiva.

Ya no era bella la reina Doña Juana, o, a lo menos, si era imborrable su peregrina belleza, sólo quedaban en ella restos de lo que había sido: los catorce años de su matrimonio habían formado una continua cadena de desdichas; y en los ocho que su hija contaba, había probado doblados los sinsabores y las amarguras.

Así, al verse en el castillo de Buitrago, y libre al lado de la infanta, entró en su alma desolada el primer rayo de alegría.

La infanta Doña Juaná era una niña encantadora, que se hallaba ya próxima a cumplir los nueve años de su edad: pocas criaturas de sangre real han sido más desventuradas que ella, y, sin embargo, si la belleza, si la dulzura de carácter y la elevada inteligencia, proporcionasen la dicha, nadie hubiera podido poseerla más completa que la hija de la reina de Castilla.

Su padre, Enrique IV, airado y lleno de enojo, como ya queda dicho, a causa del matrimonio de la infanta Doña Isabel con su primo D. Fernando de Aragón, sintió una recrudescencia de afecto hacia la pobre niña, a quien antes odiaba, y determinó dedicarse exclusivamente a su porvenir.

Así es que al año siguiente de verificarse las bodas de su hermana, solicitó una nueva entrevista del rey de Francia, a fin de pedirle consejo y arreglar las de la infanta Doña Juana con el duque de Guena.

Luis XI, que no miraba con gran consideración al rey de Castilla, le respondió que le era imposible abandonar su residencia por entonces, y que se entendiese con sus embajadores; y Enrique IV tuvo que sucumbir y avistarse, en efecto, con los representantes franceses en una aldea situada en el valle de Lozoya.

Allí leyó un manifiesto, en el que declaraba que

su hermana, por el hecho de haberse casado contra su voluntad, había perdido cuantos derechos pudieran corresponderle, en virtud del tratado celebrado en los Toros de Guisando.

Después de leído dicho documento, los embajadores tomaron la palabra: uno, a nombre del rey de Francia, pidió la mano de la infanta Doña Juana para el hermano de su monarca; pero, añadió, a condición de que V. A. y su esposa han de afirmar bajo juramento, y ante el cardenal de D'Albi, que vendrá enviado por nuestro rey, que la infanta es legítima y verdaderamente hija vuestra y heredera del reino de Castilla, ya que negáis los derechos a vuestra hermana Isabel, por sus bodas.

Ante tan humillante exigencia, el rey quedó mudo de asombro y de pavor.

—¿Qué!—exclamó—. ¿El rey de Francia pone en duda que la infanta sea hija mía?

—V. A., señor, lo ha puesto en duda también al reconocer como heredera de vuestros reinos a vuestra hermana Doña Isabel; además, en Castilla llaman *La Beltraneja* a la infanta Doña Juana.

—Yo no puedo atajar la maledicencia de mis pueblos—observó el rey—; y en cuanto a reconocer públicamente como hija mía a Doña Juana, lo haré; pero no podrá hacerlo mi esposa.

—¿Por qué causa, señor?

—Porque hace ya mucho tiempo que se halla separada de mí: es altiva, se cree ofendida y no

querrá venir para tomar parte conmigo en la ceremonia.

—¿No se encuentra S. A. en Buitrago con su hija?

—Sí, señores; según mis noticias, se ha reunido a la infanta.

—Pues bien, señor; madre e hija pueden venir aquí, y aquí mismo se celebrarán los desposorios.

—¿Y si la reina rehusa?

—¿Rehusar una madre la grandeza, la elevación, la rehabilitación de su hija? Eso no es posible.

—Está bien—dijo el débil Enrique—; les enviare ahora mismo emisarios, y no dudo que vendrán.

—Y nosotros esperaremos.

En efecto; con la mayor rapidez posible, madre e hija llegaron desde Buitrago escoltadas por un lucido séquito de caballeros, y casi al mismo tiempo llegó el cardenal de D'Albi, enviado de Luis XI, con otra comitiva no menos brillante y numerosa.

La pobre iglesia de la aldea, donde una y otra corte debían asistir a los desposorios de la infanta Doña Juana, se adornó con profusión de tapices, luces y flores, y el día prefijado, el conde de Boloña, que era el que debía casarse por poderes con Doña Juana, se dirigió al templo acompañado de toda la corte francesa.

Poco después, llegaron el rey y la reina de Castilla con la infanta.

La pobre niña apenas podía caminar con el peso de su traje y de sus joyas.

Una ostentosa corona ducal ceñía sus sienes; bajo su velo blanco, caían las ricas trenzas de sus cabellos castaños, y de vez en cuando, en tanto tuvo que atravesar el templo, se volvía con angustia a mirar a su madre como diciendo:

—¿Cuándo llegaremos al fin?

El cardenal D'Albi, sentado a la derecha del altar mayor, presidía la ceremonia; el conde de Boloña se hallaba a su lado, rodeado de los caballeros franceses.

El rey miraba a su esposa con la misma serenidad que si hubieran estado los dos en la mejor armonía.

La reina procuraba no ver a su marido; la antipatía, el desprecio, el hastío, invadían su alma, más generosa y más grande que la del débil Enrique; sólo fijaba su ojos en su hija, que, aturdida y fatigada, miraba a todas partes con angustia.

Arrodilláronse los reyes y la princesa sobre almohadones de terciopelo adornados de brocado, y el conde de Boloña se arrodilló también.

El cardenal de D'Albi dejó su asiento y se acercó al rey de Castilla.

—Señor—le dijo—, el rey Luis XI, mi augusto dueño, deseoso de desvanecer los rumores extendidos acerca de la legitimidad del nacimiento de la princesa Doña Juana, me encarga preguntaros si podéis jurar y afirmar que es verdaderamente vuestra hija.

—Así lo creo—respondió el rey—, y con tal

certidumbre de hija mía la tengo y he tenido desde que nació (1).

El cardenal se dirigió en seguida a la reina y, repitiendo la fórmula, le preguntó:

—¿Juráis y afirmáis, señora, que la princesa Doña Juana es hija del rey y vuestro esposo?

—Así lo juro y lo afirmo—repuso la reina extendiendo su mano hacia el libro de los evangelios, en tanto que sus pálidas mejillas se cubrían de rubor y que sus ojos lanzaban al rey una mirada de desprecio.

Acto continuo, los reyes, la princesa, el cardenal y el novio se pusieron de pie, y todos los caballeros castellanos pasaron por delante de la niña Juana besándola la mano y reconociéndola así como heredera de la corona.

En seguida el conde de Boloña se desposó con ella, y por la tarde, el mismo día, salió para Francia, llevando a su señor el acta de los desposorios del duque de Guena con la infanta de Castilla.

Algunos meses después murió el duque de Guena sin haber llegado a consumir el matrimonio, á causa de la corta edad de la princesa.

(1) Histórico.

Enrique IV no quiso volver a Valladolid por entonces; tanto había sufrido en aquella ciudad, que la maldecía y detestaba de todo corazón.

En efecto, muy pocos príncipes ha habido tan desgraciados como Enrique IV, si bien es cierto que todas sus penas nacieron de la menguada fortaleza de su carácter; que tocaba ya en una vergonzosa debilidad.

Errante de Toledo a Segovia, de esta ciudad a Ávila, a Turégano y a Madrid, pasó algunos meses, en tanto que su esposa, acongojada por la viudez de su hija, sin querer resolverse a salir para Portugal, pues temía el divorcio lo mismo que antes, se encerró en Aranda con la desgraciada niña, objeto y causa inocente de tantas y tan sangrientas contiendas.

D. Fernando y Doña Isabel habitaban en la humilde población de Dueñas, rodeados de una corte cada vez más numerosa: su vida era igual y sencilla, si bien la princesa se hallaba sumergida en una profunda tristeza.

—¿Qué tenéis, querida mía?—le preguntó un día

su marido—; os vais poniendo cada vez más flaca y más pálida; vuestros ojos están encarnados de llorar; ¿qué os aqueja?

—¡Veo a estos reinos tan infelices!...—sollozó Doña Isabel—; seis ú ocho magnates sostienen en Castilla una anarquía que la desgarran; ellos son los que llenan sus arcas, mi hermano nada ve, nada sabe, y los infelices pueblos perecen de hambre; además, Enrique no ha contestado a la carta que le escribí antes de nuestras bodas.

—Volved a escribirle; ahora se halla en Madrid.

—Así lo haré—dijo Doña Isabel con un suspiro—; pero sin esperanza de que mi segunda carta obtenga el apetecido éxito.

—¿Qué éxito podéis esperar?—preguntó D. Fernando, que no estaba dotado ni de la sensibilidad exquisita ni del talento profundo de Doña Isabel.

—Espero que apruebe mi enlace y que a vos y a mí nos mire como a sus hermanos.

—Lo que debemos desear, Isabel, es que no os arrebatase de nuevo los derechos que os concedió. Desde que se efectuaron los desposorios de Doña Juana, ésta se halla reconocida de nuevo como heredera de la corona.

—Mis derechos, pues, no existen ya—dijo Doña Isabel—, son de su hija, ¡Dios lo ha querido así!

El castillo de Dueñas, donde se aposentaban los jóvenes esposos, era una casa antigua y triste; pero que, no obstante, contaba en su interior con bastantes comodidades para su alojamiento.

Doña Isabel ocupaba la más suntuosa habitación, y contigua a ella estaba la de su esposo, que era más sencilla.

D. Fernando parecía alegre, dichoso, y en su actividad natural se asumían todos los pequeños cuidados y disgustos de la vida; quería a su esposa en extremo, pero no era posible que en su pecho se abrigase la pasión profunda y volcánica que el ardiense corazón y el alma gigante de Doña Isabel necesitaba.

En cuanto a la princesa, sintió siempre hacia su marido esa deferencia que las relevantes pruebas de D. Fernando justificaban: ese cariño, ese apego que toda mujer cristiana y honrada demuestra al compañero de su vida por poco que éste lo merezca; pero jamás abrigó por el esposo que su madre, y asimismo su razón, habían elegido, una pasión fuerte ni un entusiasta cariño.

Por lo tanto, puede asegurarse que la vida de Doña Isabel careció siempre del primero de los encantos, del amor conyugal, y no permitiendo absolutamente la severidad de sus costumbres, sus altas virtudes cristianas y su recta conciencia otros amores de los que el mundo disculpa y hasta sanciona, su vida tan brillante, tan ejemplar, tan resplandeciente de elevadas y generosas acciones, fué en el interior fría, pálida e incolora.

El verdadero amor de Isabel fueron sus pueblos y sus hijos.

Así, a lo menos, lo entiende y lo ha compren-

dido la que estas líneas escribe, y después de estudiar a la mujer y a la reina separada y profundamente, cree que ésta fué tan gloriosa como poco feliz aquélla.

No obstante, Doña Isabel I tuvo lo que muy pocas mujeres alcanzan: un alto destino que llenar y empresas gloriosas que llevar a cabo, por cuya razón no fué tan digna de lástima como tantas otras que, con un alma apasionada y ardiente, sienten a un tiempo el vacío en el corazón y en la cabeza.

Es indudable que Doña Isabel, al casarse, estaba dispuesta a amar a su marido; es indudable también que era capaz de sentir una ciega pasión, y no es menos cierto que su corazón se halló engañado en muchas de sus bellas esperanzas, y que, si *quiso y apreció* a su esposo, no le *adoró* como ella hubiera deseado y hubiera sabido hacerlo.

Poco tiempo después de haberse celebrado las bodas de Doña Isabel tuvo lugar también el casamiento de su dama de honor y fiel amiga, Doña Beatriz de Bobadilla, con D. Pedro Cabrera, gobernador de Segovia y uno de los más adictos partidarios entonces de Enrique IV de Castilla; pero ni por medio de este fiel aliado, ni por ningún otro, pudieron obtener D. Fernando y Doña Isabel carta o mensaje de su hermano que respondiese al que le habían enviado con motivo de su enlace, y, en vista de esto, la infanta se resolvió a volver a escribirle.

En tanto que esperaba la respuesta, Doña Isabel

llevó a cabo otra obra no menos grande y meritoria, que la de haber proporcionado tan ventajosa alianza a doña Beatriz de Bobadilla.

Hacía tiempo que la infanta oía hablar de una joven prodigio de sabiduría, y que residía en Salamanca, de cuya ciudad era natural.

Esta joven, que no pasaba de los diez y seis años, se llamaba Beatriz, como si este nombre estuviese destinado para atraer las bondades inagotables de la hija de D. Juan II: su apellido era Galindo, pero se la llamaba *La Latina*, pues hablaba el latín con tanta pureza como el idioma castellano, y explicaba los pasajes más oscuros de los autores clásicos, con una facilidad y prontitud que causaban general asombro.

—Informáos—escribía la infanta a la esposa del gobernador de Segovia—de quién es esa joven; ahora que me faltáis, mi buena Beatriz, esa otra Beatriz distraería mis horas de soledad, y si, como he oído, es hija de padres nobles y pobres que la destinan al claustro, yo la traeré a mi lado para que no cña las tocas religiosas, quizá sin vocación, y sólo por no doblar la cerviz a una coyunda desigual.

La contestación del rey D. Enrique se hizo esperar mucho tiempo, y al cabo fué, si bien un poco más cortés, la misma en esencia que la que había dado al primer mensaje de los infantes.

Respondió que era preciso meditar muy detenidamente lo que debía hacer, y que por entonces no podía pensar en otra cosa que en los cuidados del reino, que le tenían en extremo absorto.

¿Quién podrá pintar la pena de la infanta al ver perdidos de nuevo todos sus esfuerzos de reconciliación con su hermano?

Tan inagotable fué su llanto, y tan profunda su aflicción, que su mismo esposo, que la respetaba por lo menos, tanto como la amaba, se vió obligado a reprenderla seriamente.

—¿Es posible—exclamó D. Fernando—; es posible, Isabel, que no penséis en que vais a ser madre, y en que quizá déis muerte a nuestro hijo a causa de una pena que no merece ese hermano ingrato y desnaturalizado? ¿No valemos más para vos vuestro hijo y yo, que tanto os amo y estimo? Olvidad la ambición por la felicidad doméstica.



Isabel dirigió a su marido una mirada de desdén y se sonrió con tristeza.

—¿Acaso pensáis—repuso—que lloro porque echo de menos la rehabilitación de mis derechos? No; lo que yo lamento es el olvido, la ingratitud, el desdén de mi hermano; lo que yo deploro, es su sequedad de corazón.

—Mañana marcharemos a Aranda por algunos días—dijo Fernando—; es forzoso, es indispensable oponer a vuestra pena alguna distracción; aquí cada vez os encuentro más triste.

Isabel no alegó ninguna razón en contrario de lo que decía su marido; en lo que no tocaba a los actos del gobierno, del cual tuvo siempre el dictamen y voz soberana, estuvo constante y perfectamente sumisa a su esposo, y en todo adicta a su voluntad.

A su llegada a Aranda, el cambio de objetos y la vista de otras personas, influyeron, al parecer, en el buen estado de la salud de Doña Isabel; ésta daba largos paseos a caballo, y se ocupaba de socorrer a los pobres, no sólo de la población, sino también de las cercanías.

Su infatigable actividad halló asimismo nuevo pasto en su protección hacia la joven latina: su amiga, la de Bobadilla, después de enumerarle en sus cartas los desesperados esfuerzos, que tanto ella como su esposo hacían para reconciliarla con el rey, le hablaba de Beatriz Galindo en los términos más lisonjeros.

«Es—le decía—como han asegurado a V. A., hija de una familia nobilísima de Salamanca, pero pobre: para no contraer una alianza desigual, esta familia destina al claustro a Beatriz: la niña, modesta y que está muy por encima de la frivolidad propia de sus años, se aviene a este partido, si bien lejos de una vocación ardiente, sin una marcada repugancia.

»Su sabiduría es extremada: el latín, el griego y la filosofía le son familiares, y esta circunstancia, unida, mi querida señora, a su candor, honestidad, piedad cristiana, recato y modestia, harán de Beatriz una aya incomparable para el hijo que espera V. A., y los que Dios le pueda enviar.

»Su belleza no es muy notable; pero la gracia rebosa en sus maneras y en toda su persona, y la dignidad de su ilustre cuna, no menos que la de su talento, la separan de todo y por todo de la vulgaridad de las mujeres.»

Al día siguiente de recibir esta carta, la infanta escribió a Doña Beatriz de Bobadilla, encomendándole que se encargase ella misma de llevarle a la joven Galindo, a quien deseaba ver y hablar.

En el acto de la presentación, dió a conocer la Latina lo que valía, pues sin humillación y sin irreverencia, supo hallar tan buena solución a cuantas preguntas le hicieron los infantes, que éstos la acogieron con extraordinaria benevolencia.

—Os quedaréis a mi lado, Beatriz—le dijo Isabel—con aquella bondad digna que le conquis-

ta el respeto y el amor de todos; el claustro es únicamente para aquellos que se sienten inclinados a él por una vocación irresistible; la vuestra, según creo, está muy lejos de serlo.

—Yo hubiera pronunciado mis votos sin repugnancia, señora—respondió la joven.

—Eso no basta; más vale que seáis mi maestra de latín: ¿os acomoda?

—¡Oh señora!—exclamó Beatriz—¿cómo podré expresar a V. A. toda mi gratitud? Mi vida entera os pertenece.

—Está convenido—dijo Isabel—seréis ahora mi maestra, y cuando el hijo que espero, o los que Dios me envíe, tengan edad para aprovecharse de vuestra sabiduría, seréis su preceptora.

En aquel instante se dejó oír un imponente tumulto, bajo el balcón de la estancia. Fernando corrió a él y vió que la casa estaba rodeada de grupos, que murmuraban sordamente.

Al mismo tiempo, y abriéndose paso entre el gentío, avanzaba una silla de manos escoltada por soldados; una cabeza asomó por ella y el infante reconoció al Obispo de Salamanca; el prelado se apeó a la puerta del palacio y subió corriendo la escalera.

—No hay tiempo que perder—exclamó el Obispo así que estuvo en presencia de los infantes—; salid al punto por la puerta que da al campo.

—¿Pues qué es lo que sucede?—preguntaron asombrados a la vez Doña Isabel y D. Fernando.

—¡Señora, señor, quieren prender a Vuestras Altezas—dijo el Obispo—; pronto, pronto, huid! Instruído de lo que pasa, he fingido ser de vuestros enemigos y he corrido a salvaros; abajo están mis caballos y algunos soldados leales que os escoltarán.

—¿Pero quiénes son nuestros contrarios?—exclamó Isabel—, ¿quién nos persigue?

Un silencio significativo fué la respuesta del Obispo.

—¡Mi hermano!—murmuró dolorosamente la infanta—adivinando lo que sucedía; ¿y qué quiere de nosotros?

—Privaros de la libertad. ¡Quiere encerraros...!

—¿Dónde?

—En una fortaleza... pero no perdamos el tiempo, señora: S. A. el infante os tomará a la grupa; yo llevaré a una de estas dos damas; la otra es preciso que se quede, y esa deberá ser Doña Beatriz, que no corre riesgo alguno, pues su esposo D. Pedro Cabrera está considerado como uno de los más leales partidarios del rey de Castilla.

—Sí, yo me quedaré—dijo Doña Beatriz—; pero os aseguro, señora, prosiguió dirigiéndose a Doña Isabel, que antes de dos meses estaréis reconciliada con el rey, o yo habré dejado de existir.

—¡Reconciliarse con ese hombre que tiene tanto de monstruo como de idiota!—rugió D. Fernando— ¡jamás!

—¡Ah, sí, Beatriz—dijo Isabel en voz baja—,

haz que Enrique vuelva a amarme, y dile que todo, todo se lo perdono!

Un cuarto de hora después, volvían a Dueñas al galope de dos briosos caballos, D. Fernando llevando a su esposa, y el buen Obispo sosteniendo a Beatriz Galindo, cuyo ánimo varonil no desmayó en aquella primera jornada.

Una reducida escolta les acompañaba.

El jefe de los soldados, por casualidad o de intento, se aproximó en una ocasión tanto a Doña Isabel, que ésta no pudo menos de volver la cabeza; entonces el soldado levantó la celada de su casco, y la Infanta vió el bello y expresivo rostro de D. Beltrán de la Cueva.

—Nada temáis, señora—le dijo éste—; cuando se trate de vuestra vida, siempre será mi pecho vuestro escudo.

## XXXI

Algunos días después de la vuelta de los infantes a Dueñas, Doña Isabel dió a luz una hermosa niña, que se bautizó con su mismo nombre y que vino a llenar la soledad moral de la joven.

Esta hija fué la que más tarde casó con el rey de Portugal, y era tan parecida a su abuela materna, que Isabel I la llamaba con mucha gracia *mi madre*.

El restablecimiento de la infanta después de su alumbramiento no fué largo ni penoso: su excelente salud la libertaba de mil achaques y su constitución era robusta y buena.

Enrique IV, después de su atentado a la libertad de Doña Isabel y D. Fernando en Aranda, se dejó llevar de nuevo de su furioso resentimiento; no pudiendo soportar la presencia de su hermana en Castilla, reunió muchas tropas y reclamó el poderoso auxilio de los Grandes del reino para obligar a salir de él a los infantes; no obstante, el Consejo de Estado en general, y muy particularmente el arzobispo de Santiago, desaprobaron esta

medida violenta e hicieron al rey toda clase de reflexiones con el objeto de que desistiera de ello.

—¿No comprendéis, señor—dijo el arzobispo—, que con semejante determinación ponéis a los pueblos de parte de vuestra hermana? Con el males-tar general que se nota, minado el reino por la anarquía, diezmado por la peste y por el hambre, y ansiando todos alguna mudanza, no dudéis que se declararán al momento por la infanta, y que, irremisiblemente, os quedaréis sin vasallos y qui-zá sin corona.

Enrique, a pesar de su escaso talento, comprendió la verdad de estos consejos y no cometió la locura de desatenderlos, sino que se dejó disuadir.

Sin embargo, la discordia agitaba en todas direcciones su sangrienta tea.

Sevilla, Toledo y Segovia sacudieron por fin el yugo opresor de sus respectivas autoridades y se declararon independientes, no osando aclamar a Doña Isabel como soberana, pero sí rehusando obedecer a su hermano.

Con este motivo cometíanse a mansalva toda clase de crímenes, y las villas y las ciudades sufrían las más lamentables violencias.

En medio de tantos horrores, Doña Beatriz de Bobadilla no cesaba un solo instante de emplear la influencia que ejercía en el ánimo de su esposo para que éste procurase una reconciliación entre el rey y su hermana.

—No volváis a pedirme semejante cosa, querida

mía—le respondió un día algo mohíno el gobernador—; el rey se niega a toda avenencia.

—Porque vos no lo tomáis con empeño—repuso Beatriz—: ¿queréis que os ayude yo en la empresa?

—¿De qué modo?

—Ya lo pensaré; del modo que me sea posible; ahora está la infanta en Aranda y me será fácil verla.

—Pero ¿qué conseguiréis?

—Espero conseguir que ella dé el primer paso si decididamente se niega a darlo su hermano.

—Doña Isabel es muy altiva—murmuró el gobernador—, y, por lo tanto, no se avendrá a nada.

—¡Quién sabe!, ella ama a su hermano con todo su corazón, y el amor, no lo dudéis, mata la altivez.

—Haced lo que os plazca—dijo el gobernador—; pero considerad que yo no puedo hacer nada para realizar vuestros deseos, y no me condenéis por ello a sufrir, además de la pena natural de disgustaros, la de veros airada contra mí.

Doña Beatriz, que era mujer de no escaso talento, no volvió a hablar más del asunto; pero algunos días después, si algún desvelado paseante hubiera salido al campo al amanecer, se hubiera admirado no poco de ver a una gentil aldeana que, montada en un borrico, salía de Segovia y tomaba, al trote del animal, camino de Aranda.

Aquella aldeana era muy linda: su rostro oval

estaba adornado de trenzas rubias que caían por su espalda, y en sus ojos azules se pintaban la ternura y la sensibilidad, en tanto que por debajo de su falda asomaban dos pies en miniatura, y que su mano, blanca como el marfil, sujetaba el roncal de cáñamo de su jumento.

La aldeana llegó a Aranda, se detuvo a la puerta del palacio y, con gran asombro de los que miraban, dejó su cabalgadura á uno de los palafreros y subió corriendo la escalera.

Dos palabras dichas al oficial de guardia le dieron entrada hasta la estancia de la infanta, que se ocupaba a la sazón en bordar un velo de gasa, que luego regaló al Santo Sepulcro de Jerusalem.

Sublime y conmovedor era el cuadro que se ofreció a los dulces ojos de la gentil labradora.

Doña Isabel, sentada en un escaño, radiante de juventud y de belleza, trabajaba con notable actividad: descubriase su perfil encantador a través de la masa espesa de sus rubios y sedosos cabellos; su talle se dibujaba con una perfección púdica y delicada, bajo su rico traje, haciendo recordar aún aquella joven madre todas las gracias sencillas e ingenuas de una adolescente.

A sus pies, y tendida sobre el tapiz, jugaba la inocente infanta, que había hallado vida en su seno y que llevaba su mismo nombre; su animada charla, propia del año no cumplido que tenía, alegraba la estancia como un hermoso rayo de sol.

A la derecha de Doña Isabel, pero algo separa-

da, la joven Beatriz Galindo hilaba, teniendo en la cintura una rueca de marfil, y en la mano un huso de lo mismo, en el que iba enrollando la hebra, fina como la seda, que elaboraba.

La labradora, después de haber contemplado con emoción durante algunos instantes el conjunto encantador que ofrecían las tres interesantes figuras que acabo de indicar, atravesó a grandes pasos la estancia y fué a arrodillarse ante la infanta, que la miró absorta al principio; pero después la puso las manos en los hombros, y, reconociéndola, gritó con alegría:

—¡Mi querida Beatriz!

—Sí, soy yo, vuestra Beatriz—respondió la aldeana—; vuestra fiel servidora, que viene a veros y a buscaros para llevaros a Segovia.

—¿Qué dices?—exclamó la infanta—. ¿Llevarme a Segovia? ¿Para qué? ¿Qué significa este disfraz en que te veo?

—Significa que he salido cautelosamente, y que sin ser reconocida, he logrado llegar hasta V. A.

—¿Pero me espera mi hermano?

—Señora...

—Di la verdad.

—Si he de decirla, tengo que responder negativamente a V. A.

—¿Entonces para qué he de ir a Segovia?—observó la infanta tristemente—. ¿A qué exponerme a que Enrique me reciba mal, o a que quizá no me reciba?

—El rey ha tomado ya la resolución de llamar a V. A. a su lado.

—¡Es posible!

—Pero V. A. conoce perfectamente su carácter, y sabe que desde que D. Enrique toma una resolución hasta que la lleva a efecto, ha de pasar largo tiempo.

—¿Y quieres que yo?...

—Pienso, señora, que lo mejor y lo más acertado es que V. A. sea quien dé el primer paso y quien vaya ante él: haga V. A. como decía Mahoma: *Las montañas no vienen a mí; yo iré a las montañas.*

—¡Impía!—exclamó riendo Doña Isabel—. ¿Pero cómo he de emprender yo ese viaje? Jamás lo consentirá D. Fernando.

—No tiene que saberlo.

—¿Y cómo ocultárselo?

—Es que V. A. no tiene necesidad de ocultárselo, porque no tiene tampoco necesidad de decirse lo; ea, señora, que vayan al instante a buscar un traje de aldeana, y seguidme; id, querida Beatriz, y encargad un disfraz para S. A. y un borrico como el mío; estas medidas de precaución son indispensables para evitar un conflicto.

—¿Un conflicto?

—Vuestra presencia, señora, pondría en conmoción a Segovia, que quizá, al veros, os aclamaría reina de Castilla y de León.

—¡Yo despojar a mi hermano! ¡Jamás!

—Conociendo vuestro modo de pensar, aconsejo el disfraz... Ya está aquí; ponéoslo al instante y partamos.

Isabel, no convencida aún de que iba a dar un paso prudente, pero cediendo a las vivas instancias de las dos Beatrices, se dejó poner el disfraz con que las fieles servidoras reemplazaron el rico traje que vestía, y salió con la esposa del gobernador, después de haber hecho una caricia a su hija, que se disponía a protestar con gritos y sollozos contra semejante viaje, como lo hubiera hecho, a no haberla distraído la de Galindo mostrándole las estampas de un precioso libro.

—¡Ah, hermana mía, cuánto bien me hace tu presencia!—decía, a la caída de una serena tarde, el rey de Castilla, quien, vestido de brocado y oro, abrazaba a una aldeana con tierna y extremada efusión—: ¡Qué soledad la mía, gran Dios! ¡Qué tristeza, qué sombras en derredor mío! ¡Y cómo tu dulce presencia parece aclararlas!

—Si es verdad que mi presencia os es grata, hermano y señor—dijo Isabel devolviendo al rey sus abrazos—, nada más pido al cielo sino que vuestro corazón se abra también a la amistad de mi esposo D. Fernando; porque debéis conocer que yo no puedo ser dichosa si seguís abrumando a mi marido con el peso de vuestro enojo.

Una densa nube pasó por la frente del rey.

—¡No me habléis de vuestro esposo!—dijo sor-damente el monarca— y permitidme, Isabel, que vea sólo en vos á mi joven y tierna hermana.

—Vuestra hermana—respondió la infanta—es esposa y madre, y si su esposo y su hija no participan de vuestro amor, se verá de nuevo obligada a renunciar a él.

Enrique IV guardó silencio.

Su ánimo, por demás apocado, era incapaz de dominar la violenta antipatía que durante toda su vida había sentido hacia el infante de Aragón.

—Decidid, señor—observó Isabel tras de algunos instantes—: o yo me quedo a vuestro lado, o vuelvo a mi retiro; en el primer caso habéis de consentir que vengan también mi esposo y mi hija, en el segundo me alejaré al momento.

Otro silencio más largo que el primero sucedió a estas palabras.

Una ardua lucha tenía lugar en el interior de D. Enrique; éste odiaba a D. Fernando, pero no podía resolverse a perder otra vez a Isabel.

—Que vengan—dijo con voz débil el monarca—; habitaréis el alcázar y yo saldré de Segovia por algunos días, volviendo, para veros a vos sola, cuando la tempestad de mi ánimo se haya calmado.

Isabel no quiso exigir más en aquella ocasión; escribió a su esposo diciéndole que se fuera a Segovia con la pequeña infanta, y ella quedó, desde luego, instalada en el alcázar.

El rey dió las órdenes para salir aquella misma tarde para Valladolid; pero el sacudimiento que había sufrido a la vista de su hermana fué tal, que cayó peligrosamente enfermo antes de emprender su proyectada expedición.

Entretanto la reina Doña Juana y su hija, libres ya de todos sus guardadores, desde que se cele-

braron los esponsales de esta última, habitaban en el palacio de Valladolid, viviendo, sin embargo, con su esposo y padre respectivos, en tal frialdad de relaciones, que ni se veían ni se hablaban.

Doña Juana no podía olvidar los ultrajes que había recibido del rey.

Su hija, educada bajo la influencia de las ideas de su madre, no le amaba ni le profesaba otro sentimiento que el del temor.

Ni una ni otra fueron al lado del rey durante su enfermedad, y nadie más que Doña Isabel veló y cuidó a su hermano, con el más tierno celo y cariño, hasta su completo restablecimiento.

A los pocos días llegaron a Segovia D. Fernando y su hija, acompañados de toda su servidumbre.

La ciudad se vistió de fiesta y manifestó con públicas demostraciones su gozo por tener asegurada en su recinto la presencia de Doña Isabel, a la que tanto había amado siempre.

La enfermedad del rey duró cerca de dos meses.

D. Fernando, temeroso de agravar con su vista los padecimientos del monarca, apenas entró en su cámara; pero continua y solícitamente se informaba del estado de éste por medio de su esposa y aun de Beatriz Galindo, quien, desde su llegada a Segovia, ayudó a la infanta en la asistencia del infortunado enfermo.

Durante este tiempo los Grandes, que no podían vivir jamás en el sosiego y en el pacífico goce de sus rentas y privilegios, empezaron de nuevo a



agitarse, y se dividieron en dos bandos creyendo al rey en un peligro mucho más inminente que el que se hallaba atravesando.

Uno de aquellos partidos tomó por enseña el nombre de Doña Isabel.

El otro se decidió por el de Doña Juana *la Beltraneja*.

La infanta, acongojada, pues, por entonces, ni tenía parte ni la quería en los desmanes de los nobles ni en semejantes banderías, llamó a los principales jefes del que se decía su partido y les rogó encarecidamente que para nada mezclasen su nombre en sus desórdenes.

El rey, a cuyos oídos llegó algo de lo que sucedía, comprendió que era necesario mostrarse en público, y, cuando todavía no estaba libre de la fiebre, dejó el lecho y recorrió a caballo toda la ciudad, marchando dos días después a Valladolid, a fin de contener también el bando que se agitaba allí en favor de su hija, hallándose él aún lleno de vida.

¿Qué era en tanto del favorito D. Beltrán de la Cueva?

El corazón helado del monarca ya no podía tener favoritos ni afecciones de ninguna clase.

La vida para Enrique era mustia, fría, incolora; en todo lo que dependía de su naturaleza infática, prosaica y egoísta, odiaba cuanto había amado; la existencia no le parecía digna de conservarse, y lloraba el cruel engaño que había sufrido en todos los amores de la tierra.

La reina era ya sólo un cadáver galvanizado.

Dotada de otro temperamento más propio que el del rey para ser inmensamente feliz, lo era menos todavía que su esposo; tantos dolores sufridos, tantas penas agotadas, tanta prosa y amargura en el fondo de todos sus amores, tal escasez de amistad sincera había hallado en la vida, que su salud minada y su corazón gastado la hacían caminar al sepulcro con resignación y casi con alegría.

Apenas quedaban ya vestigios de su rara y encantadora hermosura, de aquella hermosura fatal que la había empujado al abismo de las pasiones.

Sus ojos se habían apagado, su tez había palidecido, se había encorvado su talle de ninfa, se la veía agobiada, y, en una palabra, exterior e interiormente, arruinada por completo.

Su amor para D. Beltrán no había muerto.

El duque de Alburquerque fué el primero, el único, el último amor de su vida; pero sus devaneos con D. Luis de Haró y con otros señores de la corte habían alejado de ella a D. Beltrán, quien, por su parte, como ya sabemos, había dejado de amarla desde que conoció a Doña Isabel.

El favorito vivía algunas veces al lado del rey y otras al lado de su esposa, que le amaba a pesar de sus deslices; pero ni veía apenas a la reina, a no ser cuando el ceremonial de la corte lo exigía, ni se ocupaba más que de ver a la infanta, aunque fuese sin la esperanza de ser visto de ella.

¡Oh poder inmortal de la virtud!